

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 41.—BARCELONA 29 DE MARZO DE 1915



La fiesta de nochebuena en un hospital militar alemán

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Los Dardanelos.—II. La actitud de Italia.—III. Inglaterra y las tripulaciones de los submarinos alemanes

I.—Los Dardanelos

No han tardado en alzarse voces de alarma en Rusia ante la acción de las flotas aliadas contra los Dardanelos. Nadie sabe qué compromisos internacionales habrán mediado entre las potencias, pero en tiempo de guerra no hay que fiar demasiado en los acuerdos cancillerescos. ¿Acaso la teoría de los hechos consumados no lo justifica todo, desde los más remotos tiempos hasta nuestros días? Si no es Rusia, sino Inglaterra, quien se apodera del estrecho, ¿será posible que queden reservadas a la primera todas las ventajas de la empresa, y que la Gran Bretaña, nunca desinteresada, acepte todo lo malo y ceda a su accidental aliada todo lo provechoso? Dudosos es ello. Llamando hacia el estrecho a los ejércitos turcos, no cabe duda que Inglaterra favorece indirectamente a los rusos, aliviándoles de la presión que contra ellos ejercen los turcos en el Cáucaso y en Persia; pero labora por su propio interés alejando los peligros que se cernían sobre el canal de Suez y Egipto; dando salida a los productos agrícolas y mineros de Rusia, se contribu-

TOMO II

ye a remediar la crisis económica del imperio del Norte, pero más todavía se resuelve el conflicto de las subsistencias que se ha presentado ya en la Gran Bretaña. En cuanto a la repercusión de los sucesos de los Dardanelos sobre los campos de Polonia, no hay necesidad de ser técnico para comprender que será totalmente nula.

Se acentúa por lo tanto la gravedad de esta nueva manzana de la discordia, que amenaza conmover a todos los pueblos balkánicos y a la misma Italia.

Únicamente Francia, unida al carro británico, presta de buena fé ayuda a los ingleses. Hasta ahora, los barcos que han padecido más por el tiro de las baterías turcas han sido los franceses, cosa que ya advertimos hace días a nuestros lectores; las tropas de desembarco, a las que esperan duras pruebas y acaso su pérdida total, son exclusivamente francesas. Lo único que cabe es exclamar: ¡Pobre Francia!

II.—La actitud de Italia

La advertencia de Italia al gobierno serbio, dándole a saber que considerará como contrario al *statu*

quo y se opondrá por todos los medios a cualquier invasión de Albania o el avance hacia el Adriático, va despejando poco a poco la actitud de Italia. Esta ve que sus intereses nacionales están en el Mediterráneo y no en el Trentino; sabe que Alemania jamás le disputará la supremacía en aquel mar, y tampoco Austria, que carece de colonias en el norte de África, mientras que todo lo tiene que temer de Francia y más todavía de Inglaterra y Rusia; y no puede olvidar, aunque no lo diga, que Malta es italiana, y que ni Trieste ni el Trentino han formado jamás parte de la nación de los Apeninos. Los tomará si no puede apoderarse de más substancial presa, pero no es hacia allí por donde van sus pensamientos. Italia, Grecia y Rumanía están de acuerdo, y su intervención contribuiría no poco a despejar la situación, harto nebulosa; no se olvide que el carbón que necesita Italia para su escuadra y sus barcos mercantes y para sus industrias, lo recibe casi exclusivamente de Alemania; no se olvide tampoco que Italia no ha denunciado el tratado de alianza con Austria; que fué la primera en protestar contra los atropellos que los cruceros británicos cometían contra los barcos neutrales; téngase presente que la Saboya era italiana, que es mala vecindad para la Libia la de Egipto y la de Túnez, y que si los aliados vencen, el estrecho de Gibraltar quedará en sus dos orillas en manos de los ingleses, y dedúzcanse las consecuencias. Pero, por encima de todo, tenga el lector la convicción de que Italia no figurará como comparsa de nadie, y que es partidaria de la teoría de exponer poco para ganar mucho, que se funda cabalmente en obrar cuando los demás no puedan o no estén en estado de impedirlo.

III.—Inglaterra y las tripulaciones de los submarinos alemanes

El anuncio del gobierno inglés de que no daría a las tripulaciones de los submarinos alemanes el mismo trato militar que a los demás prisioneros de guerra, y el calificativo, a todas luces arbitrario, de piratas, que viene aplicándose a aquellos pequeños barcos, ha despertado en Inglaterra, y sea dicho en su honor, un vivo movimiento de protesta. Menean en los periódicos las cartas de particulares y sociedades demostrando la injusticia del Gobierno, que quiere castigar con rigor el fiel cumplimiento de los deberes militares, por parte de las tripulaciones de los submarinos, y va a hacerlas responsables de resoluciones del Gobierno alemán. Este movimiento, que si se encauza con prudencia y habilidad, despojaría de sus caracteres de crueldad la presente guerra, debe ser secundado por todos los neutrales; porque si los ingleses tratan como piratas a los tripulantes de los submarinos alemanes, ¿a qué represalias no se entregarán, justificadamente, los germanos, en cuyo poder hay diez prisioneros ingleses por cada uno alemán que se encuentra en la Gran Bretaña! Y una vez iniciadas estas represalias, difícil es detenerse en el camino y poner mesura en los gobernantes de las naciones en guerra. Bastantes calamidades estamos presenciando, para que no tratemos los neutrales de evitar que se encuentren más las pasiones y se cieguen los entendimientos de quienes, por el cargo que desempeñan, debieran mostrarse ecuanímes.

F. LARIN.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

¡Un poco más de ofensiva!

(El señor A).—¡Parece que viene V. algo mustio, don Subrio! ¿Cómo le ha sentado la victoria de los ingleses en Neuve Chapelle?

—¿Qué es eso? ¿Alguna casa del barquero?

(El señor A).—¡Sí, sí! ¡Bromitas ahora! ¿No sabe V. que los ingleses se han apoderado de esa ciudad?

—Aldea, querrá V. decir, señor A., y con su docenita de casas, más o menos destruidas. Pero ¡si los ingleses siempre han sido dueños de esa capillita!

(El señor A).—¡Hechos, hechos, don Subrio, y no ironías!

—Vamos allá, señor mío. ¿V. da pleno crédito a los partes oficiales ingleses, no es cierto? Pues los tengo todos al alcance de la mano; ya le dije el otro día que ahora me gusta ir bien documentado. Oiga V. todo lo que en los partes de French o en los comunicados del Ministro de la Guerra británico se ha dicho sobre Neuve Chapelle:

«7 noviembre: Un violento ataque de los alemanes *contra* Neuve Chapelle ha sido rechazado.

«19 diciembre: Nuestras tropas han perdido en la dirección de Neuve Chapelle varias de las trincheras que tomaron ayer.

«21 diciembre: Nuestras tropas han ejecutado esta mañana un ataque y han recuperado casi todas las trincheras que habían perdido.

«8 enero: Otra casa, junto a Neuve Chapelle, que la utilizaba el enemigo para sus observaciones, ha sido destruida por nuestros morteros de trinchera.

«16 enero: Nuestra artillería ha hecho dos impactos sobre una columna de transportes en las inmediaciones de Neuve Chapelle.

«30 enero: Entre otros éxitos, nuestras granadas han incendiado un edificio del que hacía mucho uso el enemigo, en una aldea al E. (¡fíjese V., al E.) de Neuve Chapelle!

«17 febrero: Un ataque alemán junto a Neuve Chapelle ha sido fácilmente rechazado, con pérdidas para el enemigo.

¿No deduce V. de todo esto que Neuve Chapelle ha estado siempre en manos de los ingleses?

(El señor A).—Lo que deduzco es que estuvo en su poder, que la perdieron, y que ahora la han recobrado; y si la han recobrado claro está que han obtenido una victoria.

—Y cuando la perdieron ¿también salieron triunfantes? Yo no he leído, ya lo ha oído V., que fueron desalojados de allí, y si lo fueron, debieron entonces ganar los alemanes el mismo triunfo de que ahora se jactan los ingleses.

(El señor A).—Lo pasado, pasado. Lo presente, lo actual, es que la ventaja ha sido para los ingleses.

—Este modo de argumentar es el que emplean los franceses, ingleses y rusos; como va V. en esas compañías, no digo que sean malas, se le ha pegado, porque bien sabe V. que se pega todo, menos lo bueno. Vea V. cómo discurren sus amigos: ¿corren los rusos, los ingleses, los franceses, diez, veinte, treinta kilómetros? ¡No ha pasado nada! ¿Recobran

cien o doscientos metros del terreno perdido? ¡Gran victorial

(El señor B).—¡Vaya, vaya, don Subriol! ¿También negará V. que los alemanes han sido derrotados en la Champaña?

—¿Qué ha ocurrido en la Champaña?

(El señor B).—¡Casi nada! Qué después de un mes de duros combates, el frente francés se ha mantenido incólume; nada ha podido contra él el ímpetu teutón.

—¡Dígame V., señor B! ¿Quiénes atacaban, los alemanes o los franceses?

(El señor B).—¡Los franceses! Bien se conoce que no lee V. la prensa de París. Pero después contraatacaron los alemanes.

—De modo que los franceses comenzaron atacando y concluyeron defendiéndose, y su línea... ¡Entendido, señor B! ¡Eso es una victoria a la francesa!

(El señor B).—¿Qué quiere V. decir, don Subriol?

—¡Nada! Que tiene V. razón. Los franceses emprenden un ataque y son rechazados; por supuesto habiendo antes destruido dos o tres veces a la guardia prusiana, que debe ser la pesadilla de nuestros vecinos, a juzgar por su empeño en matarla, enterrarla, y desenterrarla para volverla a enterrar. La consecuencia es lógica: no hemos perecido todos y el enemigo no ha tomado nuestras posiciones, luego... ¡el enemigo ha sido derrotado! Victorias de esta clase han ganado muchas los franceses... ¡y las que ganarán todavía! ¿Qué diría V. de un ejército sitiador que saliendo de sus líneas atacase la plaza, fuera repelido y tuviera que reocupar su primitiva posición?

(El señor B).—¿Qué había sido derrotado?

—Pues según la lógica francesa, no, señor: el derrotado sería el sitiado.

(El señor A).—¿También fracasan los rusos, don Subriol? Porque V. es capaz de negarlo todo.

—¿Cómo voy a negar lo evidente? ¿Han tomado los alemanes Varsovia? ¿Han llegado a Petrogrado, a Moskú, a Siberia? ¡No! Luego han fracasado. Es claro que tampoco han llegado los rusos, no ya a Berlín, sino a la frontera alemana, pero esto no importa, porque llegarán un día u otro, si no en tiempo de guerra, cuando viajen en tiempo de paz. Y en Ossoviets el fracaso alemán todavía ha sido más evidente: tan mal tiraban sus baterías contra la plaza, que los cándidos prusianos han tenido que acercarlas más a los fuertes. En estos tiempos de progresos —y no lo digo por los de los aliados— ¡ocurren unas cosas!

(Los señores A. y B).—¿Se atreverá V. a decir que la guerra se desenvuelve favorablemente a los alemanes?

—¡Líbreme Dios de afirmar lo que no sé! Lo único que digo es que va muy mal para los aliados. Si no varía la marcha de la campaña, así como los periódicos belgas tienen que publicarse en Inglaterra o en Francia, los periodistas franceses habrán de refugiarse en Suiza o en Andorra, y desde allí proclamarán grandes victorias: «¡Todos los esfuerzos de los alemanes para llegar a Lyon han sido inútiles!» A los ocho días u ocho meses, dirán: «Se han estrellado los alemanes en su vano empeño de conquistar Marsella». Y cuando estén en los Pirineos,

nos seguirán contando que los germanos padecen hambre, que asesinan curas y frailes ¡ya ven Vds., en Francia, nada menos, la nación que más protege los sentimientos religiosos!, que comen niños crudos, que martirizan mujeres y que bombardean catedrales. Por supuesto, que para entonces ya no cabrán dudas sobre la intervención de Italia, Rumanía, Grecia, Bulgaria, el Congo, Suecia, Noruega, etc., etc., y el hundimiento del Imperio alemán estará cada día más próximo, porque, naturalmente, no hay institución política que sea eterna.

(El señor B).—No llegará este caso, porque mucho antes los ingleses habrán movilizad o siete millones de hombres.

—A propósito de los ingleses ¿A que no sabe usted de qué se envanecen? ¡Del excelente resultado que los anuncios y el reclamo les han dado para fomentar el alistamiento en el ejército! ¡Es verdaderamente un colmo! ¡Jactarse de cazar incautos para mandarlos al matadero! Porque el que se siente animado de un sano y viril patriotismo no necesita que le ofrezcan buen sueldo, excelente comida y una pensión de centenares de pesetas mensuales para su familia.

(El señor B).—Todo depende del color del cristal con que se mira. En cambio, a mi me parece una excelente idea la de...

—No disputemos por eso, señor B. ¿Saben Vds. cuál es el motivo más reciente de la irritación que los ingleses sienten contra los alemanes? Que el bloqueo marítimo no sea más eficaz.

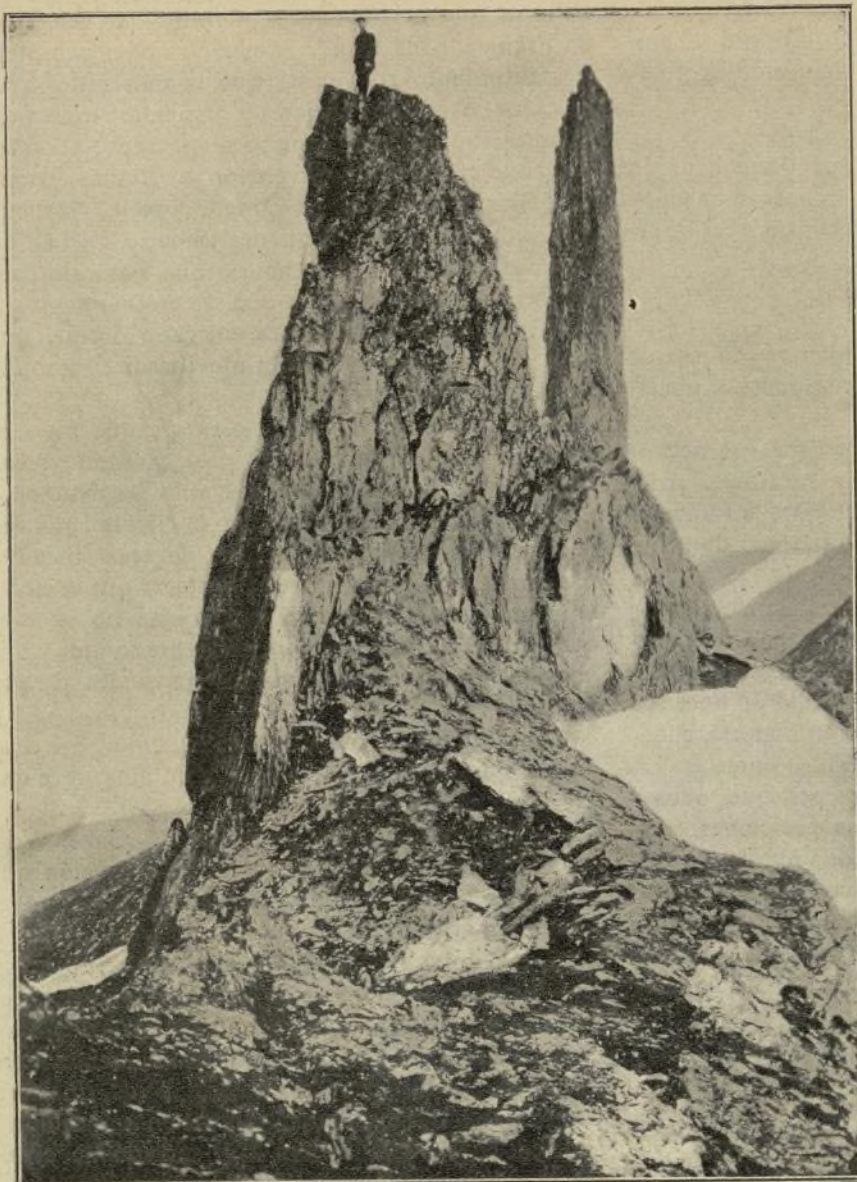
(Los señores A y B).—¡Por Dios, don Subriol!

—Sí, porque entonces ya no tendrían que preocuparse de reclutar más ejércitos y enviarlos a los campos de batalla y pagarles espléndidamente. Para terminar, por hoy, les voy a referir a Vds. una caricatura que he visto o he podido ver en un periódico satírico. Está el infeliz John Bull sentado de espaldas al continente y las dos fronteras alemanas se encuentran separadas de Francia y Rusia por dos profundísimos abismos, de donde no sale vivo el que tenga la desgracia de caerse; a los bordes de las simas aparecen alemanes, austriacos, franceses, rusos, japoneses, yankees, todos los rivales, en una palabra, pasados, presentes y futuros de los ingleses, en actitud de arrojarlos los unos contra los otros; y, a la par que el aprovechado Bull va apoderándose de todo el comercio mundial, les dice con suplicante voz a los beligerantes: «¡Señores, por Dios, un poco más de ofensiva!»

SUBRIO ESCÁPULA.

EL TRIUNFO DE ALEMANIA

Nadie sabe lo que la Providencia reserva a Alemania. Tal vez sucumba bajo el peso del alud de enemigos de todas las regiones del orbe que se han congregado para aplastar al pueblo al que tanto debe la civilización; tal vez consiga desembarazarse de sus adversarios y obtenga el triunfo final que tanto merece por su perseverancia y el patriotismo de sus hijos, sin distinción de edades, sexos ni condiciones; acaso no se llegue a una decisión y la guerra termine sin el completo agotamiento de los beligerantes.



Una de las agujas de los Vosgos, utilizada como observatorio por los franceses

Como quiera, la opinión unánime de los neutrales y de sus mismos adversarios proclama sin ambages el triunfo de Alemania. El mero hecho de sostenerse victoriosamente contra tantos y tan diversos rivales, privada de los recursos de su comercio, con las fronteras cerradas al paso de las subsistencias y reducida a sus propios recursos, dice bien a las claras que la triple alianza ha sido incapaz de abatirla y reducirla por las armas y por la miseria. Ni la actitud equívoca de Italia, ni la más sospechosa de Rumanía, quiebran el ánimo de los alemanes, ejemplo único en la historia contemporánea de todo un pueblo que lucha por la existencia con rara unanimidad y con la conciencia de su deber y de su interés. Desde nuestra guerra de la Independencia no se había vuelto a presentar un caso igual. La superioridad alemana es tan indiscutible, que pocas palabras bastarán para hacerla palpable.

Los más irreconciliables adversarios del Imperio están desde los primeros días de la guerra pendientes de lo que hace o deja de hacer Alemania. Ni Francia, ni Rusia, ni Inglaterra fían en su poderío propio, sino siempre y constantemente en el ajeno. Los franceses e ingleses atienden más a las operaciones en Rusia que a las que se desarrollan en Fran-

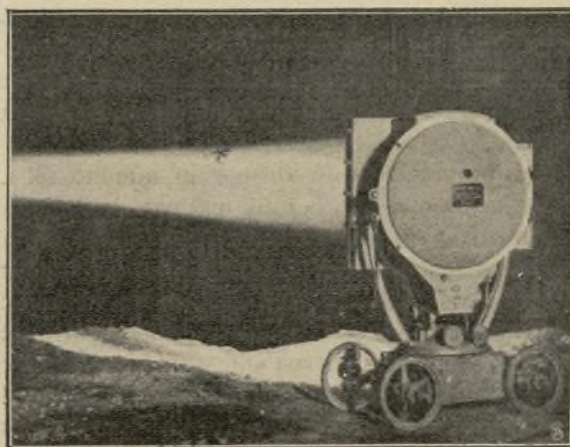
cia, mientras que los rusos lo esperan todo de lo que hagan sus aliados del oeste; y en tanto Alemania, más que guerrear sola, aún tiene alientos para ayudar a Austria.

Se espera tanto de los alemanes, que ni sorprendió el avance impetuoso hasta las puertas de París, ni la conquista de Bélgica, ni las asombrosas victorias contra los rusos; siempre se espera más de ellos, y todo parece poco.

Se mira como la cosa más natural del mundo que avance cien o doscientos kilómetros en territorio enemigo; pero si sus adversarios ganan cien o doscientos metros de terreno se echan las campanas a vuelo y se presenta la ventaja como victoria digna del inmortal Napoleón. Basta leer los comentarios que de los actos de la guerra vienen haciendo los más reputados críticos militares extranjeros para persuadirse de lo que decimos.

Ninguno de ellos funda sus esperanzas de triunfo en la acción de los ejércitos aliados; todo lo aguardan del tiempo, de que Alemania perezca de hambre y se quede exangüe y sin fuerzas. La toma de una trinchera, de un lanzaminas o el apresamiento de una docena de soldados alemanes se anuncian bajo el título pomposo de gran triunfo, en tipos de gran tamaño; y se reputa de éxito digno de ser extendido por las trompetas de la fama la reducción al silencio de una batería alemana o el derribo de un *taube*. La soberbia Inglaterra, tan poseída de ser la dueña y soberana de los mares, ha llegado a acostumbrarse a la idea de que su escuadra no puede salir a alta mar

tulo pomposo de gran triunfo, en tipos de gran tamaño; y se reputa de éxito digno de ser extendido por las trompetas de la fama la reducción al silencio de una batería alemana o el derribo de un *taube*. La soberbia Inglaterra, tan poseída de ser la dueña y soberana de los mares, ha llegado a acostumbrarse a la idea de que su escuadra no puede salir a alta mar



Proyector francés, dirigiendo sus haces luminosos al terreno enemigo

y de que los submarinos alemanes navegan a sus anchas en aguas británicas, echando a pique a los barcos que conducen a la metrópoli las materias que necesita para su consumo; la lista de pérdidas de la flota británica es triple, en número e importancia, que la de las pérdidas de la escuadra alemana; pero, en compensación, la destrucción del *Emden* o de un crucero auxiliar da lugar a ardientes explosiones de entusiasmo. Ni Inglaterra podía llegar a menos, ni Alemania podía imaginar que subiera tanto en el concepto del observador desapasionado.

Pero la grandeza de Alemania no se ve tanto en los hechos de su ejército, como en la resignación y conformidad con que soporta esa artera campaña de calumnias con que sus enemigos pretenden deshonorarla ante el mundo y mancharla para siempre en la historia. Nadie mejor que los españoles puede comprender la trascendencia de esas insidias. Hemos sido víctimas durante siglos del odio de otras naciones; cuanto pudiéramos hacer en América y en las campañas de Italia, Francia y Flandes, es pálido frente a la conducta que han seguido en épocas bien recientes las naciones más poderosas del orbe; y sin embargo, no se nos ha perdonado que un día paseáramos triunfantes nuestras banderas por Europa ni que abriéramos todo un mundo a la civilización: nuestro *pecado* fué ser católicos: un día y otro día hemos sido víctimas de la difamación, de la calumnia, de la injuria; no se ha vacilado en falsear la historia, callando unas cosas y exagerando otras, para presentarnos como monstruos y bárbaros. Todavía en Bélgica se conservan los instrumentos de tortura de la inquisición española, para mantener vivo el odio contra los españoles; llenos están los libros franceses e ingleses de los epítetos más duros y ofensivos contra nuestros padres, cuando el único delito de ellos fué conducirse con un humanitarismo y una nobleza y una hidalguía que parecen reñidas con la fortaleza de los pueblos modernos. ¡Si! Los españoles comprendemos cuánto debe sufrir y padecer Alemania ante esa campaña odiosa, campaña de la impotencia y de la desesperación, arma que esgrimen los vencidos, por estar mellada el arma con que deben lavarse las ofensas y sostenerse los planes de ambición. Pero Alemania no se conducirá con la resignación y la mansedumbre nuestra; no descenderá tal vez a ese terreno impropio de pueblos civilizados, pero antes de

caer, si cae, hará sentir a esos enemigos que demuestran tan poco respeto al adversario, siempre digno, todo el peso de su poder y de su furor. Y entonces, ¡Dios lo quiera! es posible que los iniciadores de esa campaña se arrepientan, viendo tintos en sangre, devastados y asolados, tratados sin piedad ni compasión los hogares de sus conciudadanos: ellos lo habrán querido, y los inocentes, los menos responsables, pagarán las culpas de los pretendidos directores de la opinión.

Repugna a toda conciencia noble y que se respeta, lo que con Alemania están haciendo sus enemigos. El valor y la pujanza se han de patentizar en los campos de batalla y no rebuscando en los diccionarios las palabras más malsonantes. Si los aliados creyeran segura la victoria o, por lo menos, llevaran en ella la mejor parte, no empañarían sus éxitos ni comprometerían su reputación ante la conciencia universal, con su conducta.

Se amañan fotografías, se exhuman otras de actos crueles de naciones extrañas presentándolas como documentos auténticos de la barbarie alemana; como si en la guerra fuera posible que hubiera alguien exento de pecado, se va a la caza de un fusilamiento



Costumbre patriótica en Berlín: en la antesala de un médico, las señoras que aguardan turno se entregan a labores de lana para el ejército, atendiendo la invitación que aparece escrita en lugar preferente (sobre el banco)

o del incendio de un edificio o de la destrucción de una aldea, y cuando no se encuentra, se inventa; si el enemigo bombardea o arroja bombas desde un aeroplano contra una población, se publica el número de víctimas, siempre mujeres y niños, jamás, ni por casualidad, hombres jóvenes o militares; se lanza a los cuatro vientos el cañoneo de una iglesia o de un monumento, pero no se dice que cuando esa iglesia o monumento estorba a los propios fines, no son los alemanes, sino los aliados quienes lo destruyen; en silencio se pasan las desgracias sufridas por la Prusia oriental durante la invasión rusa; ni una vez se menciona siquiera lo que están haciendo los rusos en Galizia, olvidando que siempre es el invasor ¡ley humana! el que atropella y el que veja; los guerreros invencibles en el campo de batalla, se le presentan al mundo como si fueran malhechores vulgares; ¡hasta del mismo príncipe imperial de Alemania se llegó a decir que era un ladrón que se llevaba las joyas de los castillos en que se alojaba! ¡Y todo esto en nombre de la libertad, del derecho, de la civilización y de la democracia! ¡Cuán de actualidad serían aquellas palabras de la madre de Boabdil! ¡Sí! ¡Retenga el veneno de la calumnia quien no ha sabido defender su territorio y su patria con las armas!

Todo esto proclama el triunfo de Alemania; el gran imperio no podrá olvidar jamás cómo y cuán despiadadamente se le está tratando ahora; y si no en esta guerra, será en otra, dentro de cincuenta, de cien años, cuando tomará su desquite y aplicará la ley del talión a sus adversarios.

Combátase, en buena hora, y defienda cada cual lo que crea de justicia; pero con nobleza, con gallardía. Para nosotros, todos los pueblos son hermanos; por desgracia ha habido algunos que se han complacido y aun se complacen en tratarnos como si fuéramos salvajes, bárbaros, incivilizados e incultos. ¿Les dará el mismo buen resultado que contra nosotros la campaña difamatoria abierta contra una nación más poderosa? Mejor sería que la respuesta no llegara, porque antes se templara el rencor; y que la prudencia y la justicia pusieran tiento en las lenguas y en las plumas.

.....

LO QUE YO HE VISTO

Seis semanas llevábamos ya en los pueblos loreneses que se encuentran más allá de la frontera, delante de Metz. El paisaje había dejado de parecernos alegre, apenas teníamos ganas de hablar, y todos nuestros pensamientos se dirigían hacia un arma, que nos permitiese cesar en aquellos trabajos corporales a que estábamos entregados. Una fina y persistente lluvia aumentó la tristeza del día. Como otros muchos reservistas habíamos sido llamados a filas y enviados a la campaña. Dos días después del de la movilización, pisamos, henchidos de entusiasmo, los valles del Rhin. Era un viaje encantador. A nuestro paso, algunas mujeres se llevaban los blancos pañuelos a los ojos, y nosotros desfilábamos erguidos y con cierto orgullo. Pero nos hemos detenido aquí, y servimos a la patria con la pala, la azada y la barra de mina. Se nos emplea en demoliciones, en trabajos

de fortificación, en la corta de árboles, en posiciones de fuego. ¡Cuántos hombres ignoran las múltiples aptitudes de que habrán de hacer gala cuando presen-ten el servicio militar! Al principio, las privaciones fueron bastante grandes. Pero lo que más nos apenaba es que no se nos diera armas, y que tampoco tuviéramos uniformes. Y de esta suerte todas las mañanas desfilaba una abigarrada columna de servidores de la patria para emplearse en mil labores diversas. La mezcla de trajes no impedía conocer que entre nosotros se encontraban obreros, campesinos, burgueses y hombres de letras. ¡Con cuánta tristeza presenciábamos el paso de columnas y columnas de tropa, que se dirigían a Francia, el objetivo de todos nuestros deseos; pero no podíamos lanzar una mirada hacia aquel país, cuyas azuladas montañas se destacaban a lo lejos entre las brumas de las madrugadas! ¡Cañones, ametralladoras, caballos, autos, carruajes... y soldados, muchos soldados! ¡Un desfile que no concluía nunca! El sentimiento de fuerza que este espectáculo despertaba en nosotros, nos daba más energía para el trabajo. En los calurosos días de agosto incendiábamos aquellos bosques, produciendo llamas que se elevaban a los cielos, y enviando a las alturas enemigas un mensaje, por silencioso, no menos expresivo. Nosotros no éramos más que un átomo en aquel innumerable ejército, que se extendía por la tierra como si la quisiera rodear entre sus poderosos brazos.

Un día, oímos que desde un bosque lejano salía un triple hurra. Setenta y cinco ginetes franceses se habían aventurado hasta allí. De vez en cuando aparecía en el aire un aeroplano francés, saludado inmediatamente por las nubecillas y los balines de los shrapnels. Otro día, resonó algo más cerca de nosotros el trueno del cañón y como un rumor sordo. Nuestras bravas tropas desalojaban a los franceses de sus posiciones: era la batalla de Metz.

Pero sabemos muy poco de la guerra. Como carecemos de impresiones directas, nuestras fantasías se desatan, y un día nos dice nuestro sargento primero que debemos escribir a nuestras casas, porque la noticia es verídica, que hemos sido batidos por las ametralladoras enemigas. Junto a los pozos de la aldea, las comadres conversan en su ininteligible patois, y se comunican sus pensamientos más íntimos. *qui sait?*

Tres veces nos hemos ofrecido como voluntarios, pero siempre la contestación ha sido la misma ¡No hay sitio para ustedes! Y debemos proseguir en nuestro trabajo, azotados por la lluvia, mientras se amortiguan poco a poco nuestros entusiasmos guerreros. A nuestro juicio, los trabajos han sido tan completos que está enteramente preparada la posición defensiva, y habremos de suspender aquella vida y entrar en algún cuartel. Estamos alojados en el pueblo. Bajo la fuerte lluvia, un grupo de artillería llega a la aldea y se aloja en ella. Rápida y amistosamente hacemos lugar a las cansadas tropas; la gente aquella lleva cinco semanas de incesante combate, y se la ha mandado a retaguardia para que descanse y se reponga de las fatigas. En sus uniformes se conocen las huellas del combate. «Hemos tenido que meternos en el agua hasta la rodilla». Los extenuados caballos son también objeto de nuestros cuidados. Nos sentamos al lado de los artilleros y gustamos de sus con-

versaciones. Al referirnos lo que han hecho, brilla la verdad en sus ojos. No podemos menos de sentir una ligera vergüenza porque nosotros aún no hemos tomado parte en ningún combate. También en las piezas se ostentan con claridad las señales de la lucha. En los escudos se advierten bien los impactos de los cascos de granada; algunos de ellos parecen quesos suizos. En una ocasión la traición hizo de las suyas, y desde la torre de una iglesia situada a retaguardia de la artillería se señaló al enemigo la posición que aquella ocupaba; nuestros artilleros fueron batidos por un fuego violento hasta que finalmente encontraron protección en los desmontes de un horno de ladrillos.

Dos días después de la llegada de aquellas valientes tropas, me senté con algunos amigos en el parque de la casa parroquial, a despachar el desayuno. Después entramos en el despacho. El trueno del cañón se oía muy claro. De pronto apareció ante nosotros un muchacho rubio, un verdadero gigante, con su rostro cubierto por espesas barbas: «¿Tiene alguno de ustedes por casualidad una navaja de afeitar?» Enseguida apareció un instrumento de esta clase, pero le pedimos al recién llegado que no se lo llevara, porque no podíamos quitarlo al compañero a quien pertenecía. Le sugerimos además que probablemente sus barbas desafiarían al más fuerte acero, y que acaso convenía que no se las quitara, porque su familia no dejaría de alegrarse si las viera. Pero el artillero no nos hizo caso. «No, señores, debo presentarme esta mañana al general y quiero ir aseado». Admirados, le preguntamos si había cometido alguna falta. «Es que van a imponerme la cruz de hierro». Al oír esto, le estreché fuertemente las manos, le felicité de todo corazón y le quité la navaja, que había ya empuñado y se aprestaba a llevar sobre su mejilla. «¡Quiero ser yo quien afeite esa barba!» exclamé. Un ligero rubor asomó a su rostro.

El valiente campesino nos contó lisa y llanamente su historia:

«Estábamos sentados los dos junto a la pieza. A nuestro alrededor unos camaradas estaban muertos y otros se agitaban en los estertores de la agonía; los caballos relinchaban lastimeramente. «Tú, Franzl, dijo un compañero mientras volvía a poner la pieza en batería, creo que es imposible que salgamos vivos de aquí». Sacó del bolsillo una tarjeta postal y se dispuso a enviar el último saludo a su familia. Y con toda su alma escribió: «Mi... ¡Ay! Una granada estalló en aquel mismo instante junto al escudo de acero, y un casco se le llevó la cabeza... El otro fué más afortunado y pudo llegar a un bosque inmediato, donde encontró algunos camaradas. El capitán no estaba allí; uno dijo que le había visto caer herido por las balas. Franzl dijo enérgicamente que era indispensable buscar a aquel excelente jefe de compañía. La muerte y el espanto se desataban a su alrededor. ¡Los pícaros gastaban las municiones hasta conseguir que no quedara un hombre en pie! Franzl no tardó en encontrar al capitán, con el brazo partido y el pecho atravesado. Junto a él, yacía un teniente con la piera destrozada. Franzl cargó con el capitán y lo llevó a donde estaban sus compañeros. Pero el valiente todavía no había hecho bastante. Volviendo a salir, se llegó a donde yacía desmayado el teniente, y lo salvó de una muerte segura. «Ustedes tal vez no lo crean,

pero las he contado. ¡Han estallado a mi alrededor treinta y siete granadas!».

Son las diez de la mañana. En la amplia plaza que se halla delante del castillo, están las tropas formadas y aguardan la visita de una alta personalidad. Brilla el aseó en los uniformes, las botas han sido lustradas, han desaparecido las manchas de los días de los combates. Nosotros, junto a la verja, contemplamos aquella brillante masa de héroes. Veo al abanderado con la preciosa insignia pendiente del cuello. Tres caballos han sido muertos bajo su cuerpo. Dos veces ha resultado ileso: «¡No es nada, señor capitán, las granadas...»—«¿Tiene V. miedo?»—«Yo no tengo miedo, señor capitán».—Y desafiando a la muerte ha ido a llevar la importante orden. Por eso ostenta ahora la cruz de hierro. Veo allí también al voluntario de un año que bajo el terrible fuego de granada restableció la comunicación telefónica, interrumpida por haber sido cortado el cable por una bala...; sobre todos ellos se cierne una invisible corona de gloria.

Llega un auto. Dos oficiales de alta graduación se apean. Los bávaros están rígidos como un muro. «¡Buenos días, camaradas!».—«¡Buenos días, señor general!».—Como un padre habla a sus hijos, así el general se dirige a sus soldados. «Mucho celebro veros tan resueltos y vigorosos como siempre. Con orgullo conozco en vuestras miradas la firmeza de vuestro espíritu. Estoy satisfecho de vosotros. Podéis mirar con la conciencia tranquila al Señor de la guerra. Mucho habéis sufrido, pero también habéis realizado hechos notables. ¡Os doy las gracias, camaradas.—¡Artillero K., dos pasos al frente!».

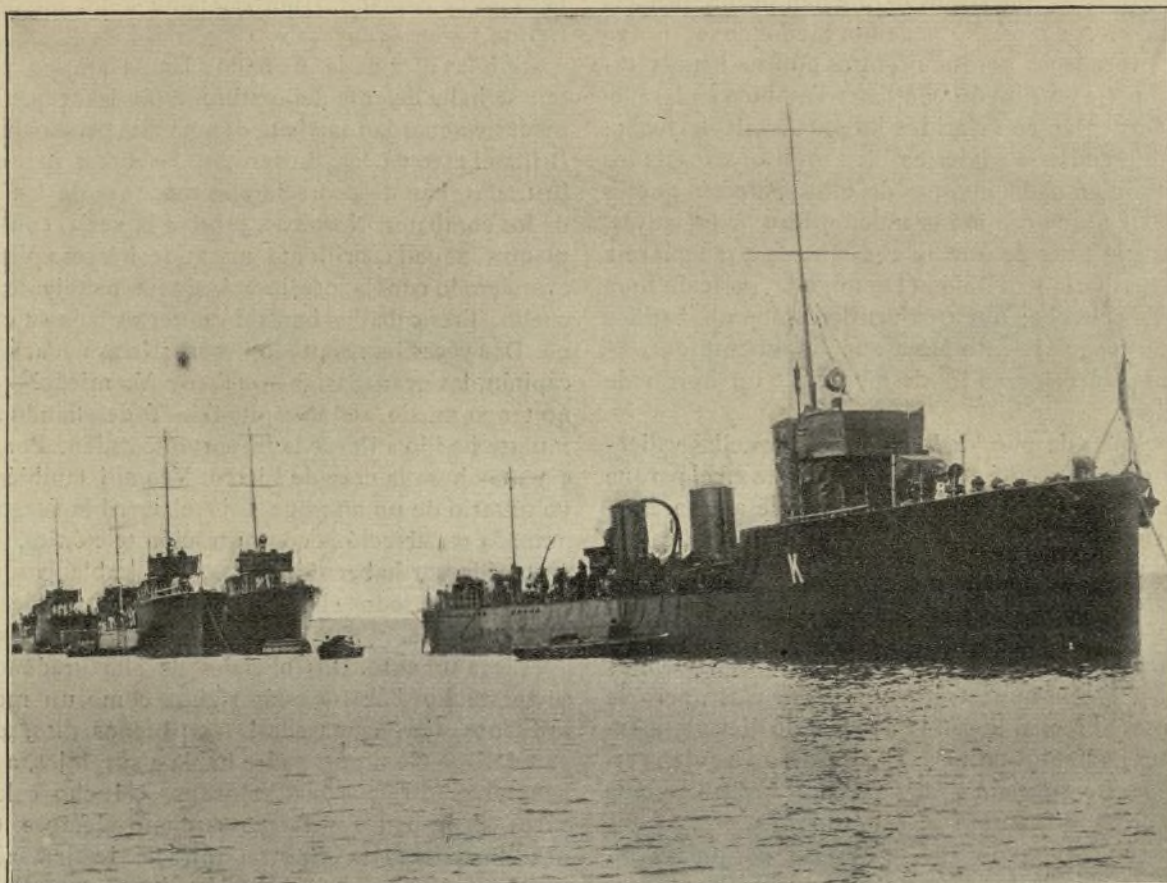
Pálido de emoción, avanza nuestro Franzl. Una mirada de felicidad resplandece en su ojos grises. El general le estrecha la mano y le habla de esta manera: «Usted ha dado pruebas de extraordinario valor el día del combate. ¡V. es un valiente! El señor capitán von M. y el señor teniente B. le tienen a V. en sus pensamientos. No olvidarán jamás lo que V. ha hecho, si Dios les concede la merced de conservarles la vida». El general hace una pausa, para sacar un documento. Franzl permanece cuadrado como un poste; sin acordarse de lo que le rodea, no aparta sus miradas de los ojos del general. Sus mejillas se colorean ligeramente, y lentamente se deslizan dos lágrimas de sus ojos. «Por este hecho, Su Majestad, nuestro clementísimo Kaiser, se ha servido conceder a V. la cruz de hierro!». El general ha hablado en un tono que cada vez se ha hecho más vigoroso. El momento es solemne. Muchos ojos se humedecen. Entonces el general ordena: «¡Desabróchese V. el botón!», y coloca sobre el pecho del soldado la cruz de hierro. Un rayo de sol hace brillar la plata de la preciada condecoración.

Jamás olvidaré este acto, que terminó el general lanzando un hurra por nuestro Kaiser y por nuestro amado rey de Baviera.

(De la *Kölnische Zeitung*).

EL ENCARRECIMIENTO DE LAS SUBSISTENCIAS EN INGLATERRA Y ALEMANIA

La prensa diaria se ocupa hace días en la crisis que se nota en Alemania por la escasez de no pocos



Diferentes tipos de destroyers ingleses



El general alemán Liman von Sanders, inspector general del ejército turco, con su Estado Mayor

Ayuntamiento de Madrid



Sección de la Cruz Roja alemana, con perros amaestrados para la busca de heridos, en los campos de Polonia



Una batería francesa de cañones de 15 centímetros, oculta por un bosquecillo; entre cada dos piezas, un través (masa de tierras que limita el efecto de los proyectiles enemigos)

artículos de primera necesidad, y ha dado cuenta de las medidas rigurosas adoptadas por aquel gobierno para evitar la desaparición de algunos comestibles, principalmente el pan y las patatas.

Con caracteres más o menos agudos, el encarecimiento de las subsistencias se ha producido en todos los países, beligerantes y neutrales, aunque más en aquellos que en éstos.

Entre los primeros, Francia es la que sortea mejor las dificultades por su situación geográfica privilegiada y por la riqueza de su agricultura e industria. En Rusia la crisis ha dejado sentir sus efectos más sobre las clases elevadas que sobre las humildes. En la Gran Bretaña el encarecimiento ha sido extraordinario, superando en algunos artículos al sobrevenido en Alemania, y comprende, además de las materias de importación o producción extranjera, que ello sería natural, también las que se producen en el país propio. Esto se debe a la escasez de obreros, alistados muchos de ellos en el ejército, a las compras en grande escala efectuadas para el suministro de las tropas, al enorme consumo de carbón de los barcos de guerra y al encadenamiento del comercio y de las transacciones.

Para hacer frente a esta crisis, algunas compañías y casas poderosas de la Gran Bretaña han aumentando espontáneamente los salarios de sus obreros, en concepto de suplemento de guerra, pero otras, menos fuertes o que cuentan muchos millares de operarios, no han podido imitar este buen ejemplo, y se han creado conflictos entre el capital y el trabajo, creciendo el malestar de las clases proletarias y estallando huelgas y el descontento.

Al comenzar la guerra subieron los precios de casi todos los artículos alimenticios en Inglaterra. La subida se ha ido acentuando a medida que transcurría el tiempo, y todavía tiene que seguir como

consecuencia del bloqueo marítimo que lleva a cabo Alemania.

He aquí una estadística del aumento de precios de algunos artículos desde el mes de agosto del año pasado a mediados de febrero último, antes de comenzar el bloqueo. Los precios se refieren a las clases de artículos que consume el pueblo, o sea a las más baratas, porque son mayores los que rigen para los géneros escogidos. La unidad de peso que se ha tomado para el cuadro siguiente es el kilogramo:

	agosto de 1914	febrero de 1915
pan	0.31	0.455 pesetas, el cambio a la par.
queso	1.97	2 10
harina	0.35	0.58
manteca de vaca	3.20	3.60
té	2.10	2.32
azúcar	0.44	0.71
carne	1.43	2.25
pescado	0.92	1.36
carbón mineral	3.50	4.30 los 100 kg.
jamón	3.96	4.40
tocino	3.20	3.41
un huevo	0.10	0.17
leche, aumento de 30 por 100.		
carbón vegetal, aumento de 25 por 100.		

Los precios del arroz y de las patatas no han sufrido alteración.

Como consecuencia de estos aumentos, se calcula que el coste de la vida del obrero inglés ha aumentado, en siete meses, en poco más de un veinticinco por ciento, lo que equivale a decir que los salarios han disminuído en la misma relación. Fácil es coleccionar lo que acontecerá si la guerra se prolonga mucho tiempo, y la gran trascendencia que el problema de la economía doméstica ha de tener forzosamente en la duración y desarrollo de la guerra.

CRÓNICA MILITAR

I. Las maniobras y los ataques envolventes y de flanco.—II. Los ataques a los Dardanelos.—III. La destrucción del «Dresden».—IV. La rendición de Przemysl —V. La situación el 24 de marzo

1 —Las maniobras y los ataques envolventes y de flanco

A copia de leer descripciones y juicios de las operaciones de la guerra, hasta las personas menos aficionadas a las cuestiones militares han ido aprendiendo el tecnicismo castrense; pero unas veces porque ciertos vocablos se emplean impropriamente, y otras porque no se poseen bastantes conocimientos para distinguir unas maniobras de otras, es lo cierto que reina una gran confusión, en los profanos, acerca del verdadero significado de maniobra envolvente y ataque envolvente, de maniobra de flanco y ataque de flanco. De aquí que haya llegado a vulgarizarse la creencia de que los alemanes están desarrollando su campaña en oriente valiéndose de ataques envolventes, y de aquí también que no pocas personas muestren su extrañeza por la prolongación de la actual situación en Francia, y por la tardanza en ce-

rrarse lo que ha dado en llamarse tenazas del frente austro-alemán en el este.

La maniobra es esencialmente estratégica; la estrategia prepara y dispone las fuerzas para la batalla; la táctica emplea las tropas en el campo de batalla. Por consiguiente, no hay paridad entre la maniobra envolvente y el ataque envolvente, como tampoco existe entre la maniobra de flanco y el ataque de flanco.

La maniobra de flanco tiende siempre a situar las tropas propias en uno de los costados del enemigo, para amenazar sus comunicaciones induciéndole a variar el frente o a retroceder; si la maniobra ha dado buen resultado, su coronamiento es el ataque de flanco, por el cual se le obliga a replegarse si no ha bastado la maniobra para obtener este objetivo. Cuando la maniobra expresada se ejecuta contra los dos costados del enemigo, se trueca en envolvente, y dicho está que un doble ataque, consecuencia

de aquella maniobra, es un ataque envolvente.

Pero de la misma manera que los ataques envolventes, para que merezcan este nombre y conduzcan al fin deseado, han de ejecutarse contra un mismo ejército enemigo, esto es, en un solo campo de batalla, por vasto que sea, las maniobras envolventes no son tales sino a condición de que tengan lugar en el mismo teatro de la guerra.

Para esclarecer estas ideas elementales, conviene añadir que un teatro de la guerra no es siempre, ni mucho menos, la comarca más o menos extensa en que combate un grupo de ejércitos. Ha de estar caracterizado, además de la situación y agrupamiento de las fuerzas, por sus comunicaciones con el país enemigo y el propio, y por los accidentes orográficos. Por ejemplo, el N. de Francia y Bélgica, que tienen cuencas comunes, carreteras y ferrocarriles también comunes, componen un solo teatro de la guerra. Pero la Alsacia superior y los Alpes, si hubieran intervenido Suiza o Italia, forman otro teatro, porque las líneas naturales de invasión y de comunicación y los objetivos geográficos, son diferentes de los que se encuentran en el primero, y por lo tanto han de ser asimismo diferentes, y de hecho lo son, las situaciones de los ejércitos y sus inmediatos fines.

En el frente oriental, Polonia y Lithuania forman un teatro de la guerra, esquemáticamente reducido a las cuencas del Niemen y del Vístula. Pero Galizia y Bukovina integran un teatro de la guerra independiente del primero, aunque es claro que relacionado con él por su inmediata vecindad. Un ejército ruso que avance desde la Lithuania no puede tener el mismo objetivo geográfico ni militar que el que invada por Galizia. El primero, procurando cubrirse y apoyarse en el litoral del Báltico, ha de dirigirse contra el N. de Alemania, mientras que el segundo va asestado contra Hungría. La Polonia, situada en medio, servirá para enlazar las operaciones laterales invadiendo la Silesia. Al contrario, si son los austro-alemanes los que toman la ofensiva, en el teatro del N. tratarán de cortar las comunicaciones del enemigo con el centro y Norte de Rusia y amenazarán las regiones vitales del Imperio. Desde Galizia no pueden prometerse tan decisivos resultados, sino únicamente adueñarse de las provincias meridionales, mientras que utilizarán la Polonia para dar unidad y relacionar las dos campañas.

Para los rusos, el objetivo de más valor es la Silesia, que cubre el corazón del enemigo, y de aquí que la Polonia tenga extraordinario valor para ellos; mas como está en parte envuelta por el N. por la Prusia oriental, el avance contra la Silesia necesita ser acompañado por un ataque contra la Prusia oriental. En cambio, pueden esperar muy poco de la invasión de Galizia en tanto no hayan abierto las puertas de Silesia, porque su situación será azarosa en todos los momentos, con los Cárpatos detrás—si entran en Hungría—y bajo el amago de un ataque en el medio Vístula.

Esta sencilla exposición pone de manifiesto el error cometido por los rusos en su campaña contra los austro-alemanes, toda vez que han descuidado el objetivo principal para fijar su atención sobre otro secundario. Y demuestra al mismo tiempo el acierto

de los alemanes que, apoderándose primero de gran parte de Polonia, han separado virtualmente los dos teatros de la guerra laterales, el uno del otro, poniéndose en condiciones de reportar todos los beneficios que les deparan las condiciones geográficas de la Prusia oriental y de Galizia, internadas de hecho en Rusia.

Volviendo a las maniobras y ataques envolventes y de flanco, poco costará ya comprender que una maniobra envolvente no puede tener todo el éxito apetecido más que a condición de ejecutarse en un solo teatro, porque es claro que si se emprende en teatros diferentes no quedarán ya amenazadas las mismas comunicaciones del enemigo y distará mucho éste de verse en una situación crítica. Un avance de los alemanes en Lithuania no tendrá repercusión inmediata, ni la puede tener, en los Cárpatos, y menos aún en la Bukovina, si no va acompañado o precedido por la invasión de Polonia, y, en todo caso, será esta invasión, y no aquel avance, lo que ejerza sus efectos sobre las operaciones en Galizia. La recíproca es cierta, de suerte que es posible que las rusos invadan Hungría, mientras los alemanes avancen por el valle del Niemen, siempre que aquellos conserven el medio Vístula. Un avance de los alemanes desde la Prusia oriental, simultáneamente con otro desde la Bukovina y la parte oriental de los Cárpatos, no forman una maniobra envolvente, aunque mirando un mapa pueda parecerlo: primero, porque para que la maniobra sea tal es menester que su consecuencia táctica, la batalla, tenga lugar, si el enemigo no se retira, antes que el adversario haya tenido tiempo de modificar la agrupación de sus fuerzas o de recibir refuerzos; segundo, porque las comunicaciones del ejército ruso de Galizia no son las mismas que las del Lithuania; tercero, porque los alemanes por el N. y los austriacos por el S. han de cubrir objetivos esencialmente diferentes. En cambio, sería una maniobra envolvente la emprendida simultáneamente contra Ivangorod, hacia el E., y desde la Bukovina y Galizia oriental en dirección al NE.; como lo serían asimismo hacia Ivangorod y desde el sector de Mlava sobre Novo-Georgievsk; y también siguiendo el Narev y por el Niemen.

Los alemanes que descendieran desde la Prusia oriental y los que remontaran desde la Bukovina, necesitarían unas quince jornadas para darse la mano, y en este tiempo la situación estratégica habría cambiado profundamente a poca actividad que demostrara el enemigo; de consiguiente, faltaría una de las condiciones esenciales de la maniobra envolvente.

Maniobra envolvente propiamente dicha fué la ejecutada por Hindenburg en vísperas de la batalla de Tannenberg, como la realizada ahora cerca de Augustov. Maniobra envolvente fué la iniciada por la derecha alemana contra los ingleses de Mons el 21 de agosto, y el príncipe imperial de Alemania en la misma fecha por Longwy y Longuyon, que dió por resultado la retirada precipitada de todo el frente francés. Ambas maniobras terminaron con ataques de flanco, aunque es claro que en cada una de ambas alas el choque fué frontal por la conversión hecha por el adversario.

Maniobra de flanco fué la ejecutada por los rusos contra las tropas de Auffenberg después de la batalla

de Tomaszov, y la emprendida por los mismos rusos contra Dankl después de la batalla de Lublin. De la misma clase fueron las de Hindenburg contra el ejército de Rennenkampf en Insterburg, las del ejército de París contra el general von Kluck el 6 de septiembre, las recientes de los austro-alemanes en la Bukovina y otras muchas.

Pero ni lo fueron el avance de los rusos al N. del Vístula con respecto a los alemanes contenidos delante de Varsovia, ni las múltiples que se han desarrollado o están desenvolviéndose en el frente oriental, más que contra los ejércitos que en cada caso se oponían inmediatamente al atacante.

En el teatro del O., si los alemanes forzaran la línea Toul-Verdun, y adelantasen por este boquete hacia el O., ejecutarían una maniobra de flanco; como lo sería una ruptura del frente alemán en Ipres y el avance victorioso de los aliados sobre Amberes. En los dos casos, si los respectivos adversarios no modificaban en el acto la situación de sus tropas, las maniobras adquirirían un alcance más grave, porque poniendo al vencedor sobre la retaguardia del vencido, se tornarían en lo que se llaman maniobras de revés, las de más trascendentales consecuencias. En el frente oriental, la situación no se presta por ahora a ninguna maniobra de esta última naturaleza.

De consiguiente, el lector obrará cuerda y seguramente si al examinar en un plano las posiciones que ocupan los beligerantes tiene en cuenta las condiciones de espacio y tiempo, midiendo las distancias que separan unos puntos de otros y compulsando el tiempo necesario para cubrirlas; si tal hace, dejará de incluir entre las maniobras envolventes y de flanco muchos movimientos que tienen una finalidad más modesta, y se evitará quedar chasqueado en sus pronósticos. Las concepciones estratégicas han de ser vastas y grandiosas, pero no tanto que se salgan del límite de las fuerzas humanas.

II.—Los ataques a los Dardanelos

Desde los primeros días de marzo, una escuadrilla de chalupas apoyada por pequeños cruceros rápidos, rastreó activamente las aguas del estrecho, desde la bahía Kephez hacia Chanak, consiguiendo limpiarlas en parte, pero sin que lograra acercarse a la angostura propiamente dicha. El crucero *Amethyst*, con el fin de comprobar si la operación había tenido resultado satisfactorio, avanzó a toda máquina, rebasó ligeramente la altura de Kilid Bahr y retrocedió a toda prisa; algunas granadas enemigas le causaron serias averías, pero no padeció el menor contratiempo por los torpedos fondeados. Seguramente ello se debió al escaso calado del barco, por hallarse algo profundos los torpedos.

De común acuerdo los almirantes inglés y francés resolvieron emprender el ataque directo a los fuertes de la angostura, y forzar el paso a viva fuerza.

El día 18, los barcos británicos *Queen Elizabeth*, *Inflexible*, *Agamemnon* y *Lord Nelson* entraron en el estrecho, y desde una distancia de 8 a 12 kms. cañonearon furiosamente los fuertes J., L., T., U. y V.; mientras, el *Triumph* y el *Prince George* dirigían sus fuegos contra las baterías F., E. y H. Hora y media más tarde, poco después de mediodía, la escua-

dra francesa, compuesta del *Suffren*, *Gaulois*, *Charlemagne* y *Bouvet*, entraba a su vez en el estrecho y rompía el fuego a menor distancia. Los fuertes y baterías turcos replicaron enérgicamente, y a la una y veinticinco minutos de la tarde las escuadras aliadas suspendieron el tiro y se replegaron rápidamente, sufriendo fuertes pérdidas. A las dos y media, una división de reserva, formada por los acorazados británicos *Vengeance*, *Irresistible*, *Albion*, *Ocean*, *Swiftsure* y *Majestic*, avanzó a su vez y reanudó el combate. Este tuvo peor éxito todavía para el atacante que el comenzado por la mañana, no obstante lo cual el fuego continuó, aunque pausadamente, hasta el anochecer.

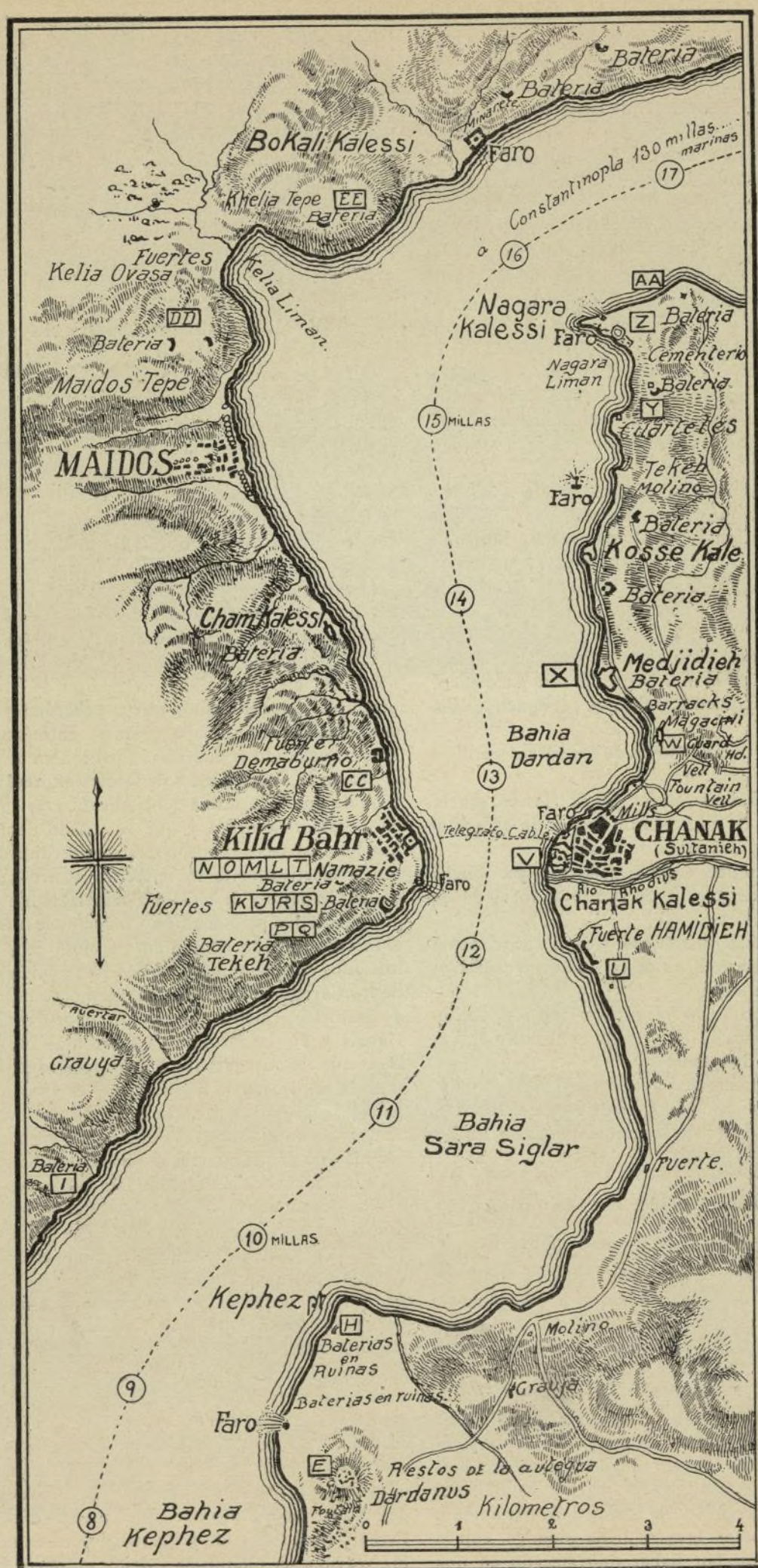
Los fuertes que sufrieron más por el tiro de la escuadra fueron el de Chanak (V.), uno de cuyos polvorines voló, así como otro del grupo de defensas de Kilid Bahr. Sin embargo, a última hora de la tarde todas las baterías y fuertes continuaban el fuego, así como muchos cañones de campaña que habían tomado posiciones dominantes en las alturas que dominan la entrada en la angostura.

El atacante salió muy castigado: el *Bouvet*, el *Irresistible* y el *Ocean* se fueron a pique por el tiro de la artillería turca (y no por el choque con torpedos de deriva, como dijeron los almirantes en el primer parte oficial), y el *Gaulois* y el *Inflexible* quedaron inutilizados también por la misma causa. Además, otros cinco barcos recibieron averías de más o menos importancia.

¿Cuáles fueron los motivos de que los aliados se decidieran a emprender un ataque a viva fuerza? Probablemente, el reconocimiento ineficaz del *Amethyst* les indujo a error; pero también debió contribuir a ello el resultado negativo del tiro indirecto que durante muchos días ejecutaron algunos barcos desde el golfo de Saros y la boca del estrecho. Bien sea porque los reconocimientos aéreos demostraran la casi inutilidad de este tiro, bien porque los almirantes se convencieran de que para poner fuera de combate los fuertes sería necesario consumir tantas municiones que quedarán destruidos los cañones de grueso calibre e inutilizados los barcos para proseguir las operaciones, es lo cierto que se abandonó aquella especie de tiro y se acudió al ataque directo, realizado por toda la escuadra, con resultado realmente desastroso.

Desde aquel día no han vuelto a reanudarse los combates, alegando los almirantes el mal tiempo para justificar su pasividad. Dentro del estrecho el mar está siempre tranquilo, y cerca de la isla de Tenedos son muy raros los temporales. La verdadera causa no es otra que la debilitación de la escuadra y la necesidad de preparar mejor el segundo ataque.

De los hechos pasados no cabe deducir pronósticos para el porvenir, toda vez que se desconoce la fuerza e importancia de los fuertes y baterías que defienden la angostura; pero la empresa va resultando mucho más espinosa de lo que los aliados dijeron en los primeros días. Los fuertes atacados el día 18 son únicamente los de la entrada de la angostura; todavía cabe batirlos desde lejos por ser la enfilación que conduce a ellos casi recta, pero una vez doblada la punta de Chanak, se encuentran numerosas obras de defensa, para cañonear las cuales es menester acercarse a menos de cuatro kilómetros, exponiéndose a



PLANO DE LA ANGOSTURA DE LOS DARDANELOS

Las letras mayúsculas indican los fuertes, tal como se les designa en los partes oficiales.
En el estrecho reina una corriente de 4 kms. de velocidad, desde el mar Negro al Egeo.

fuegos cruzados y de revés, en una longitud de siete kilómetros. Viene enseguida la desembocadura en el mar de Mármara, y en tal paraje es de suponer que aguarde la escuadra otomana para completar el efecto destructor de la artillería de costa y de campaña. Esta última ha desempeñado un papel importante en el ataque último, barriendo los puentes y las costas y dificultando la maniobra y el servicio a bordo de los acorazados.

El ataque directo, que es el que por fin han adoptado los aliados, está erizado de dificultades y les expone a sufrir pérdidas todavía mayores que las ya padecidas. Pero como sería un desprestigio inmenso para Inglaterra y Francia renunciar a la operación comenzada, y el abandono de ella repercutiría en Egipto y en todo el mundo musulmán, es de esperar que continúen los ataques hasta que los fuertes turcos queden arruinados y destruída su artillería, cualesquiera que sean los sacrificios que para ello tengan que hacer los aliados.

La jornada del día 18, muy favorable a los otomanos, ha tenido como consecuencia inmediata disminuir la acción de los aliados contra Smirna y las costas de Siria, y darles tiempo para que se ponga en estado de defensa el istmo de Bulair y las costas del mar de Mármara, así como la entrada en el Bósforo.

La cooperación de la escuadra rusa desde la salida del estrecho en el mar Negro ha sido poco eficaz, y no contribuirá apenas al fin que persiguen los aliados.

He aquí las características de los barcos perdidos el día 18.

Acorazado francés *Bouvet*: (1896), 12.200 toneladas, 2 cañones de 30,5 centímetros, 2 de 27,4, 8 de 13,8, 14 de 4,7 y dos tubos de lanzar.

Acorazado francés *Gaulois*: (1897), 11.300 toneladas, 4 cañones de 30,5, 10 de 13,8, 8 de 10, 20 de 4,7 y dos tubos de lanzar.

Acorazado británico *Ocean*: (1899), 13.850 toneladas, 4 cañones de 30,5, 12 de 15, 10 de 7,6, 6 de 4,7 y cuatro tubos de lanzar.

Acorazado británico *Irresistible*: (1899), 15.000 toneladas, 4 cañones de 30,5, 12 de 15, 16 de 7,6, 6 de 4,7 y dos tubos de lanzar.

Inflexible, crucero acorazado (1907), 17.250 toneladas, ocho cañones de 30,5, 16 de 10 y tres tubos de lanzar. Sus características eran análogas a las del *Dreadnought*.

III.—La destrucción del «Dresden»

Contrariamente a lo que se dijo a raíz de la destrucción del *Dresden* por tres cruceros ingleses, aquel barco no fué echado a pique a consecuencia de un combate propiamente dicho. En la madrugada del 17 de marzo, el *Dresden* se hallaba anclado a 400 metros de la orilla de la bahía de Cumberland, Juan Fernández, cuando los tres cruceros *Glasgow*, *Kent* y *Orama* (éste auxiliar), se le acercaron a una distancia de 3.500 metros y rompieron el fuego contra él. La proa del *Dresden* quedó seriamente averiada desde los primeros disparos; el capitán del barco alemán mandó izar la bandera de parlamento y despachó un bote a la escuadrilla enemiga, con la protesta pertinente por haber sido atacado en una

bahía neutral y en aguas territoriales de Chile. El jefe de la escuadrilla británica replicó que tenía órdenes de destruir el *Dresden*, y que sin perjuicio de la acción diplomática que pudiera seguirse, echaría a pique el barco si los alemanes no lo hundían espontáneamente. El comandante del crucero mandó desembarcar la tripulación, excepto algunos hombres, echó a pique el crucero y desembarcó a su vez con la gente que había llevado a cabo aquella operación. El Gobierno chileno ha abierto la información oportuna para entablar la acción diplomática que proceda.

IV.—La rendición de Przemysl

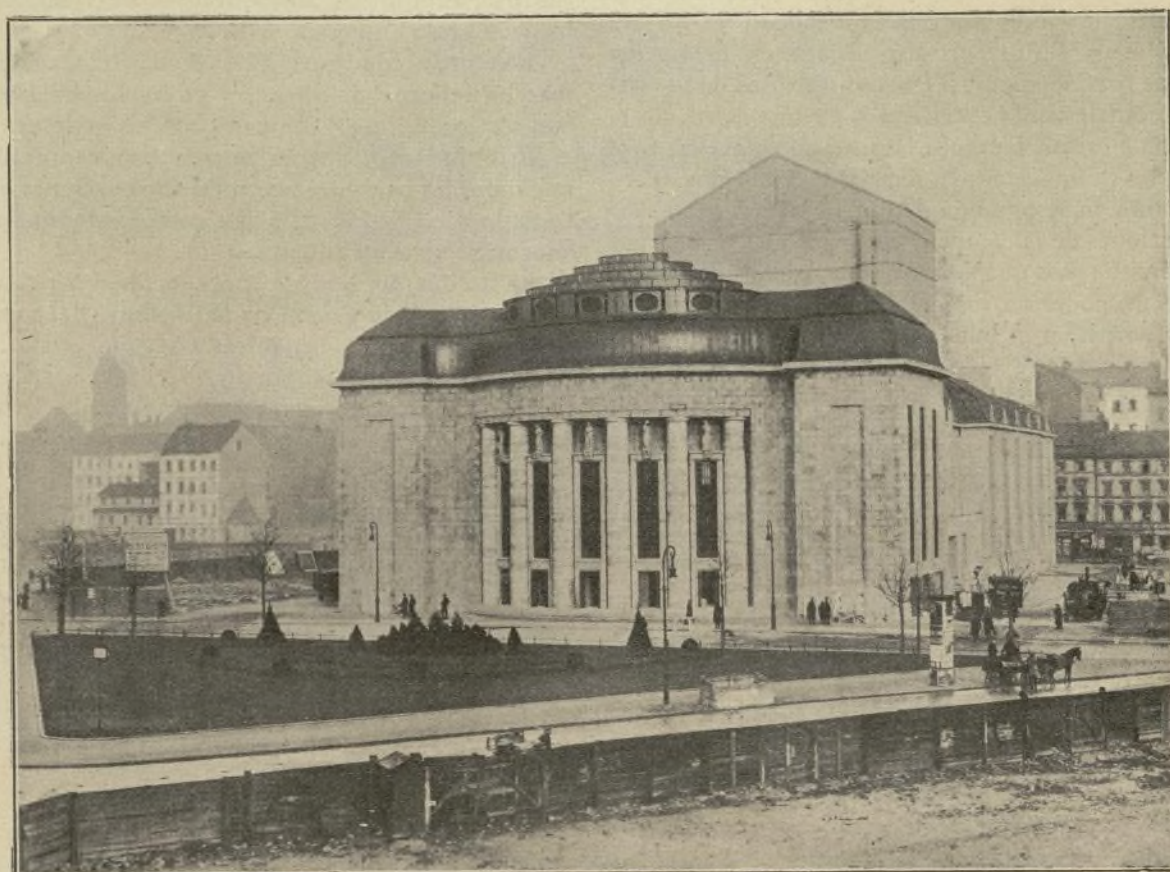
El 18 de marzo, la plaza de Przemysl rompió un violento fuego desde todos los fuertes, siendo tal la abundancia de los proyectiles que arrojó, que en el parte ruso se expone la extrañeza que este hecho causó en el ejército sitiador. A continuación la guarnición efectuó una salida en dirección al E., siendo rechazada y teniendo que replegarse a la fortaleza con la pérdida de algunos millares de prisioneros. Este era el último esfuerzo que hacían los sitiados para evitar una capitulación que la falta de alimentos imponía. Seguramente los prisioneros dieron cuenta de la angustiosa situación de la plaza, porque el czar y el gran duque Nicolás se trasladaron a las líneas del ejército sitiador, a tiempo de recibir la propuesta de capitulación que el gobernador dirigió el día 21. El mismo día la plaza se entregaba a los rusos, quedando la guarnición prisionera de guerra.

Ya en la *Crónica* del 8 de febrero expresé la opinión de que la fortaleza debía encontrarse en situación bastante apurada y que su estado demandaba que los austriacos la socorrieran sin pérdida de tiempo. Si efectivamente los ejércitos austro-húngaros de los Cárpatos y de la Galizia oriental han hecho alguna tentativa para acudir en socorro de Przemysl, el intento ha sido contenido por los rusos apenas iniciado, porque ni aquellos han podido desembocar de los Cárpatos ni recobrar el terreno perdido cerca de Stanislaw. Dada la flojedad de las operaciones en Galizia y en la cordillera citada, más bien es de creer que los austriacos se habían resignado de antemano a la pérdida de la plaza y la dejaron abandonada a su propia suerte, que no podía ser dudosa.

Por las noticias aisladas que de vez en cuando se recibían de lo que ocurría ante Przemysl, se sabe que los rusos no la habían atacado con verdadero empeño. La acordonaron, aislándola por completo, salvo por la vía aérea, y mantenían un fuego intermitente contra los fuertes destacados, ejecutando de vez en cuando algún pequeño avance de infantería para ocupar puntos importantes, principalmente favorables para la observación del tiro. Tampoco la guarnición efectuó salidas en grande escala, salvo la del 19 de marzo, aunque sí envió con frecuencia destacamentos para entorpecer las operaciones del sitiador. La capitulación se debe a la falta de provisiones. Hay que recordar, en efecto, que desde mediados de septiembre Przemysl vió cortadas sus comunicaciones con el resto del Imperio; cuando la fugaz contraofensiva de los austriacos a fines de aquel mes y en octubre, Przemysl fué socorrida y libertada, pero en noviembre volvió a ser bloqueada y desde entonces ha ve-



Una exposición de patatas en Berlín, donde se exhiben las diversas variedades de aquel tubérculo y se dan consejos sobre su cultivo y empleo



El nuevo teatro popular, inaugurado en Berlín el día de Navidad

nido resistiendo con la esperanza de que el ejército activo conseguiría derrotar a los rusos y rompería el cerco. No han sido afortunados los austriacos en esta tercera campaña, y Przemysl ha sucumbido. Bien merecía la heroica conducta de su gobernador y la guarnición a sus órdenes que el ejército austriaco hiciera un esfuerzo supremo por salvarla.

No se conocen otros detalles del sitio de Przemysl. Parece que los rusos, rechazada su primera tentativa, en diciembre, de apoderarse a viva fuerza, tras un fuerte bombardeo, de algunos fuertes exteriores, se limitaron a sostener un cañoneo intermitente y bloquear la plaza, que quedó aislada del resto de Austria-Hungría, salvo por la vía aérea. La defensa se esforzó en alejar al atacante, realizando pequeñas salidas y ocupando los puntos más a propósito para batir desde ellos los fuertes. A primeros de marzo, conociendo probablemente los rusos el mal estado de la guarnición, diezmada por las enfermedades y abatida por el hambre, ejecutaron dos ataques, sin éxito. Con autorización del comandante en jefe del ejército austro-húngaro, la plaza capituló por fin, al cabo de sus fuerzas, después de cuatro meses y medio de valiente resistencia.

Przemysl, plaza fuerte menos poderosa que Maubeuge y que Lieja, e incomparablemente más débil que Amberes, ha demostrado de lo que es capaz una fortaleza cuando alberga en su interior una guarnición abnegada y heroica, mandada por un gobernador enérgico y resuelto. Será siempre aquel nombre un timbre de gloria para los austriacos.

La caída de Przemysl es un golpe más moral que material para los austriacos. La plaza apenas entorpecía las comunicaciones del ejército ruso que combate en los Cárpatos, el cual, gracias a su inmensa masa, ocupa toda la Galizia al N., O., E. y S. de la fortaleza, de suerte que ésta en realidad ya no era más que un punto austriaco aislado en medio del mar de bayonetas rusas. Dueños los rusos de las faldas orientales de la cordillera y de una parte de la Galizia oriental, tampoco la situación de Przemysl cumplía ya una elevada finalidad estratégica. Pero quedarán en disposición de tomar parte activa en las operaciones de la campaña los tres o cuatro cuerpos de ejército rusos que sitiaban la fortaleza y esto equivale a un poderoso refuerzo de tropas aguerridas y estimuladas por el buen éxito de sus empresas. El acontecimiento repercutirá, a no dudarlo, en toda Rusia y en Austria, y no dejará de animar a los aliados del O., aunque su importancia no iguale, ni de mucho, a la de Amberes y Maubeuge. Los rusos pueden envanecerse con justicia de haber sido los primeros que se han apoderado de una plaza fuerte enemiga y no tener que lamentar aún la pérdida de ninguna fortaleza.

Es significativa la caída de Przemysl, principalmente porque da idea de que el ejército austriaco se encuentra bastante debilitado y poco en disposición de emprender una ofensiva audaz. Siendo esto así, poca ayuda indirecta recibirán los alemanes que luchan en el Niemen y en el Narev, de sus aliados del

Sur, y por consiguiente se acrecentarán las dificultades de la campaña contra Rusia.

V.—La situación el 24 de marzo

La incursión realizada por cortos destacamentos rusos en el extremo N. de la Prusia oriental, pequeña lengua de tierra, que se interna entre Rusia y el Báltico, que dió por resultado la momentánea ocupación de la ciudad abierta de Memel, ha terminado, como era de esperar, siendo rechazado el invasor y perseguido bastantes kilómetros dentro de su propio territorio.

Continúan los combates en todo el frente del Niemen y el Narev, sin que se haya despejado la situación. Ésta requiere un espacio de que no puedo disponer, por lo que aplazo su examen hasta la *crónica* próxima; los rusos parecen haberse enmendado de sus equivocaciones pasadas, por lo menos en lo que se refiere a cubrir las comunicaciones de sus ejércitos avanzados.

También la lucha es muy viva en los Cárpatos, y tan confusa como siempre. Los cien mil hombres que los rusos tenían en las líneas de Przemysl y que ahora podrán empeñarse en operaciones activas, es posible que impriman un nuevo sesgo a los acontecimientos en la cordillera.

En la Bukovina tampoco ha habido cambio; continúan los austriacos dueños de las dos orillas del Pruth.

En Francia no se registra variación ninguna. En los últimos días han desembarcado nuevos contingentes británicos, calculándose que en el mes de marzo han llegado a las costas francesas tres o cuatro cuerpos de ejército.

En el Cáucaso, continúan los turcos en el territorio ruso, aunque sin demostrar gran actividad. Nada ha acontecido en Persia.

Los turcos continúan a tres o cuatro jornadas de marcha del canal de Suez, en cuyas inmediaciones han sostenido ligeros combates con los ingleses.

Estos han dado cuenta de que han capturado a casi todos los complicados en las sublevaciones de la India, noticia extraña que da a comprender que algo anormal ocurre en aquel país.

La acción de Neuve Chapelle, que pareció de poca importancia y debida a la iniciativa del comandante de las fuerzas británicas en aquel sector, ha sido una de las más sangrientas batallas de esta guerra. Su significación merece ser examinada detenidamente, lo que haré en la próxima *Crónica*. Las pérdidas de los ingleses fueron tan elevadas, que quedaron temporalmente inutilizados para proseguir su ofensiva, a pesar de los refuerzos recibidos.

Nada de particular ha ocurrido en los Dardanelos, ni en las costas del Asia Menor. Los aliados necesitan reparar sus pérdidas y abastecerse de municiones. Tampoco se sabe el paradero del cuerpo francés expedicionario.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

24 marzo 1915.